
LA LEYENDA DEL GRAN INQUISIDOR

de Fiodor Mijailovich Dostoiewski

Presentación

por Domingo Melero

1. Por una serie de circunstancias que no vienen al caso, en los últimos meses hemos comprobado que varios amigos no conocían la “Leyenda del Gran Inquisidor” de Dostoiewski, cuya acción transcurre durante una Semana Santa sevillana del siglo XVI. A partir de esa constatación, nos hemos decidido a publicar este “clásico del cristianismo”.

La razón principal de que la Leyenda sea poco conocida es, probablemente, que forma parte de *Los hermanos Karamazov*, una novela típica del siglo pasado a la que, por su considerable tamaño, le pasa lo que a muchos clásicos: son tan famosos como poco leídos. Por otra parte, la Leyenda, en castellano, sólo se ha editado por separado una vez, que nosotros sepamos. Lo hizo, en los años setenta, una editorial literaria, no especializada en temas religiosos, que la incluyó en una colección de “infimos” donde no se ha vuelto a reeditar después.

La Leyenda es la segunda parte de una conversación que comienza dos capítulos antes. Por eso, aun a riesgo de proponer una lectura demasiado larga, hemos decidido editar toda esta conversación inolvidable que ocupa los capítulos III, IV y V del libro V de la novela. ¿Cómo separar la Leyenda de la discusión anterior? Aunque la relación entre el contenido de ambas partes no quede clara en una primera lectura, sí que puede quedar claro que esas dos partes resultan inseparables. La razón es sencilla: Dostoiewski no es un ensayista al que se deba pedir coherencia de exposición y del que sólo interesen las ideas. Dostoiewski es un novelista cuyo arte consiste, sobre todo, en presentarnos situaciones y personajes

de lo más humanos. En este caso, a poco que la traducción sea fluida y no entorpezca nuestra imaginación, nos presenta a dos hermanos que se quieren, a los que separan muchas cosas, muchas ideas, pero a los que les une lo fundamental. Para “escuchar”, para “ver” eso, que es el marco imprescindible de la Leyenda, había que editar, como digo, la conversación entera.

2. El arte, cuando llega a ser genial, roza el misterio. Dostoiewski, como novelista, es realmente sorprendente. Una aproximación a su secreto puede ser afirmar que es de la estirpe espiritual de Cervantes, detrás del cual está una forma peculiar de haber hecho suyo el espíritu fundamental de los Evangelios. No intentaré razonar este aserto sino que me limitaré a aducir dos testimonios a su favor. Primero, el del propio Dostoiewski:

No se puede hallar una obra más profunda y poderosa que el *Quijote*. Hasta el momento, es la más grande y la última palabra de la mente humana. Es la ironía más amarga que puede expresar el hombre. Y, si el mundo se acabase, y, en el Más Allá —en algún lugar— alguien preguntase al hombre: “Bien, veamos, ¿has comprendido tu vida?, ¿qué has sacado en conclusión?” Entonces, el hombre podría, silenciosamente, entregar el *Don Quijote* y decir únicamente: “Éstas son mis conclusiones acerca de la vida, y tú, ¿me puedes criticar por ello?”¹

El segundo testimonio, a mi modo de ver, da la clave fundamental del magisterio cervantino porque, precisamente, formula la otra cara de la “ironía más amarga” que acaba de afirmar el propio Dostoiewski. Gonzalo Torrente Ballester, en su discurso de recepción del premio Cervantes de 1986, decía:

Al titular de este premio, a Miguel de Cervantes, quiero referirme de un modo particular y especialmente entusiasta (...) para reconocerle una vez más como máximo maestro (...), para considerarlo como arquetipo de novelistas, como quien, en su momento, hizo algo que nadie hasta él había hecho y mostró a sus seguidores (...) un camino que

¹En: *Diario de un escritor*, (1873-1876). Citado en Juan B. Avallé Arce: *Don Quijote como forma de vida*, Madrid, 1976, pág. 9.

todos forzosamente tuvimos que seguir; aunque quizás no fuese precisamente un camino sino, más bien, un modo: un modo de estar en la realidad, distinto del del científico o del filósofo. A Miguel de Cervantes, le decepcionó la historia de su tiempo, la misma que le había entusiasmado. *Miguel de Cervantes, pecador insigne, para poder perdonarse a sí mismo, tuvo primero que perdonar a los demás: un general y universal perdón. Y, al hacerlo, sonrió. En este cruce de experiencias y sentimientos, reside, creo yo, la clave de su visión del mundo: que no es radical, que no es dogmática, sino relativa y ambigua; al no atreverse a juzgar lo bueno y lo malo (...), deja que sus figuras transcurran llevadas de su propio impulso (...).* Las visiones posteriores de la realidad como carente de sentido, como absurda, clavan sus raíces más secretas en la sonrisa de Cervantes, cuya experiencia le enseñó a no tomar demasiado en serio sobre todo lo que era serio para sus contemporáneos. Pero, entendámonos, no por eso dejó de amar. Lo que sucede es que lo mismo ama lo que lo merece y lo que no...²

Lo que dice Torrente, ¿no nos recuerda lo que se dice en el Evangelio de Mateo: que Dios —según Jesús— hace llover sobre buenos y malos y no hace acepción de personas, por tanto? ¿No es eso equivalente a un silencio extraño, propio del que no hace nada, del que no interviene, del que se va y se aleja, pero no por sadismo ni por indiferencia sino por un respeto desconcertante, que a veces puede parecer abandono? Tal es el secreto del arte de Dostoiewski respecto de sus personajes: los deja ser ellos mismos, no los juzga y él es todos ellos y ninguno. Él “es” Iván, el intelectual atormentado, conocedor de todos los extremos, y “es” Alíochka, el monje, el hombre bueno que, sin embargo, en determinado momento, coincide con Iván. Y él es quien, detrás de Iván, por boca suya precisamente, es también capaz de ponerse en el lugar del Gran Inquisidor, así como de dejarnos una imagen imborrable de Jesucristo.

3. Pero, centrándonos en la conversación propiamente dicha, quizás ayudará saber que, aunque lo que se cuenta es imaginario, no está totalmente inventado: está tomado de la realidad y

² *El País*, 29 de abril de 1986, pág. 26.

modificado libremente. Así, en relación con la Leyenda, nos puede interesar saber de la amistad de Dostoiewski con el filósofo y teólogo Soloviev, al que doblaba en años y con el que viajó a conocer a un famoso stárets (es decir, un ermitaño sin cargo ni poder de función en el monasterio pero con autoridad espiritual reconocida, dentro y fuera de él).

“Dostoiewski tuvo [con Soloviev] la amistad más íntima, los intercambios más estrechos de alma y de pensamiento, hasta el punto de que no sabemos quién de los dos tuvo primero la idea del «Gran Inquisidor» y la idea de aplicar a la Iglesia, especialmente al catolicismo, las tres tentaciones de Jesús — aunque es probable que fuese Soloviev. Ambos hicieron juntos una peregrinación a Optina Pustin (junio, 1878) y a su célebre stárets Ambrosio; ambos recibieron la misma fuerte impresión del stárets, que se convirtió en el modelo de Zósima, así como Soloviev, el «monje en el mundo», lo fue de Alíoscha. Soloviev vivía hasta la locura su idea del cristianismo practicado, «casi siempre estaba sin dinero y cualquiera podía recurrir a él. Al primero que le importunaba con un ruego, le daba lo que encontraba en su cartera. Si ésta estaba vacía, se desprendía de su abrigo. A veces, se le vio desprovisto de cualquier ropa de abrigo, viéndose obligado, en invierno, a aceptar prestada alguna pelliza de sus amigos. Un día, en la calle, dio su calzado a un mendigo». Los animales le querían, los pájaros anidaban en la habitación de su pensión. Y murió demasiado joven, consumido por una vida errante y desencarnada y por el agotamiento³.

4. Por último, resumiré el momento argumental en que sucede esta conversación entre Iván y Alíoscha Karamazov. Ambos se encuentran, por casualidad, en un restaurante donde el primero está comiendo y el segundo entra buscando a Dimitri, el otro hermano. Por primera vez, después de unos años sin verse y des-

³Cfr. Hans Urs von Balthasar: *La Gloire et la Croix, (II, Styles,**)*, París, 1972, pág. 180, donde se dan referencias bibliográficas sobre Soloviev y Dostoiewski. Soloviev, según muchos críticos y estudiosos, es el más grande pensador ruso de finales del XIX. Balthasar lo alinea, en su obra, junto con San Juan de la Cruz, Pascal, Péguy y otros.

pués de lo que ha pasado en las doscientas primeras páginas del libro, conversan a fondo. Iván es el mayor, tiene veintitrés años, vive en la capital, adonde va a regresar al día siguiente, pese a los conflictos que se anuncian entre el padre y Dimitri. La razón de los conflictos es el dinero de una herencia y una mujer a la que los dos cortejan. Iván, mientras, está enamorado de la novia oficial de Dimitri, la cual vive pendiente de éste pese a que no le hace caso. Por eso, Iván acaba de despedirse definitivamente de ella y piensa también en partir. Alíoscha es cuatro años menor que Iván, y es novicio en el monasterio de la ciudad donde vive el padre y donde sucede la acción. El padre les ha propuesto a los tres someter el conflicto familiar a la autoridad moral del stárets Zósima. Alíoscha es el discípulo preferido del stárets que, justo mientras los hermanos hablan en el restaurante, está entrando en sus últimas horas. El stárets, antes de morir, animará a Alíoscha a vivir su vocación fuera del monasterio, en el mundo. Le dice esto inmediatamente después contarle lo que vio y presintió de trágico en su hermano Mitia, cuando el padre y los tres hermanos lo visitaron. Por eso se postró ante él y besó el suelo a sus pies: porque sufriría mucho. De hecho, Alíoscha había salido a buscar a Mitia por encargo del stárets, porque quizás podría ayudarle, pero, cuando encontró a Iván, se olvidó y pasó la tarde hablando con él. Escuchemos, pues, esta impresionante conversación y el relato de la Leyenda del Gran Inquisidor.